

www.elboomeran.com

Niccolò Ammaniti

Tú y yo

Traducción de Juan Manuel Salmerón



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:

Io e te

© Giulio Einaudi editore s.p.a.

Turín, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Aline Smithson / Glasshouse Images

Primera edición: mayo 2012

© De la traducción, Juan Manuel Salmerón, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7836-3

Depósito Legal: B. 9056-2012

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla

08750 Molins de Rei

Y éste es para mi madre y mi padre

En la noche oscura del alma, son siempre las tres de
la mañana.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD, *La edad del jazz*

But can you save me?
Come on and save me
If you could save me
From the ranks of the freaks
Who suspect they could never love anyone.

AIMEE MANN, *Save Me*

Se llama mimetismo batesiano a la propiedad que tiene una especie animal inofensiva de parecerse, en color y comportamiento, a otra tóxica o venenosa que vive en su mismo hábitat. Así, la mente del predador asocia la especie mimética a la especie peligrosa, lo que aumenta sus posibilidades de supervivencia.

Cividale del Friuli
12 de enero de 2010

—¿Café?
*Una camarera me mira por encima de las gafas.
Lleva un termo plateado.
Le tiendo la taza.
—Gracias.
Me la llena hasta el borde.
—¿Ha venido por la feria?
Niego con la cabeza.
—¿Qué feria?
—La de caballos.
Se queda mirándome. Espera que le diga por qué he
venido a Cividale del Friuli. Al final saca una libreta.
—¿Qué habitación tiene?
Le enseño la llave.
—Ciento diecinueve.
Apunta el número.
—Si quiere más café, puede servirse usted mismo en
el bufé.
—Gracias.*

—De nada.

En cuanto se aleja, saco un papel doblado en cuatro de mi cartera y lo despliego sobre la mesa.

Es una nota que escribió mi hermana hace diez años, el veinticuatro de febrero de dos mil.

Yo tenía catorce años y ella veintitrés.

Roma
Diez años antes

La noche del dieciocho de febrero de dos mil me acosté temprano y me dormí enseguida, pero a media noche me desperté y ya no pude conciliar el sueño.

A las seis y diez, tapado hasta la barbilla con el edredón, respiraba por la boca.

La casa estaba en silencio. No había más ruidos que el de la lluvia batiendo contra la ventana, el que hacía mi madre en el piso de arriba yendo y viniendo del dormitorio al cuarto de baño, y el del aire que entraba y salía por mi tráquea.

No tardaría mi madre en venir a despertarme para llevarme con los otros.

Encendí la lámpara con forma de grillo que tenía en la mesita. La luz verde pintó un rincón de cuarto en el que se veía la mochila llena de ropa, el chaquetón y un bolso con las botas y los esquís.

Entre los trece y los catorce años di un estirón tremendo, como si me hubieran dado abono, y superé en altura a todos los de mi edad. Mi madre

decía que me habían estirado dos caballos de tiro. Me pasaba un montón de tiempo ante el espejo, mirándome la piel blanca llena de pecas, el vello de las piernas. En la cabeza me crecía una mata de pelo castaño entre la que asomaban las orejas. La pubertad había remodelado mis facciones y me separaba los ojos verdes un narizón enorme.

Me levanté y metí la mano en el bolsillo de la mochila, apoyada junto a la puerta.

–La navaja está. Y la linterna. Todo –dije en voz baja.

Los pasos de mi madre en el pasillo. Debía de llevar los zapatos azules de tacón alto.

Me metí en la cama, apagué la luz y fingí que dormía.

–Lorenzo, arriba, que es tarde.

Alcé la cabeza de la almohada, me froté los ojos.

Mi madre subió la persiana.

–¡Qué día tan horrible!... Esperemos que sea mejor en Cortina.

La luz tétrica del alba dibujaba su fina silueta. Se había puesto la falda y la chaqueta gris que usaba en las ocasiones importantes. El suéter de cuello redondo. Las perlas. Y los zapatos azules de tacón alto.

–Buenos días –dije bostezando, como si acabara de despertar.

Mi madre se sentó en la cama.

–¿Has dormido bien, cielo?

–Sí.

–Voy a prepararte el desayuno... Tú, mientras, lávate.

–¿Y Nihal?

Me peinó el pelo con los dedos.

–A esta hora duerme. ¿Te dio las camisetas planchadas?

Dije que sí con la cabeza.

–Venga, levántate.

Eso quería yo, pero algo me oprimía el pecho.

–¿Qué pasa?

Le tomé la mano.

–¿Me quieres?

Ella sonrió.

–Pues claro que te quiero. –Se puso en pie, se miró en el espejo que había junto a la puerta y se alisó la falda–. Va, arriba. ¿También hoy hay que insistirte para que te levantes?

–Un beso.

Se inclinó sobre mí.

–Que no te vas a la mili, que te vas de semana blanca.

La abracé, hundí la cabeza en el cabello rubio que le caía por la cara y pegué la nariz a su cuello.

Olía bien. Me hacía pensar en Marruecos. Callecitas muy, muy estrechas, llenas de tenderetes con polvos de colores. Aunque yo nunca había estado en Marruecos.

–¿A qué hueles?

–A jabón de sándalo. El que uso siempre.

–¿Me lo prestas?

Enarcó una ceja.

—¿Para qué?

—Para lavarme con él y llevarte conmigo.

Retiró las mantas.

—¿Lavarte? ¡Qué novedad! Va, tonto, si ni te acordarás de mí.

Por la ventanilla del BMW iba mirando la tapia del zoo, cubierta de carteles electorales mojados. Allá arriba, en la jaula de las rapaces, se veía un buitre posado en una rama seca. Parecía una vieja de luto durmiendo bajo la lluvia.

La calefacción del coche me sofocaba y las galletas se me habían atragantado en la garganta.

Cesaba la lluvia. Una pareja, gordo él, delgada ella, hacía gimnasia en las escaleras cubiertas de hojas mojadas del museo de arte moderno.

Miré a mi madre.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin apartar los ojos de la carretera.

Inflé el pecho queriendo imitar la voz grave de mi padre.

—Arianna, a ver si lavas el coche que parece una pocilga rodante.

No se rió.

—¿De tu padre te has despedido?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no haga tonterías ni esquíe como un loco.
—Hice una pausa—. Y que no te llame cada cinco minutos.

—¿Eso ha dicho?

—Sí.

Cambió de marcha y torció en la Flaminia. La ciudad empezaba a llenarse de coches.

—Lláname cuando quieras. ¿Lo llevas todo? ¿Música? ¿El móvil?

—Sí.

El cielo gris gravitaba sobre los tejados y entre las antenas.

—¿Y la bolsa de las medicinas la has cogido? ¿Has echado el termómetro?

—Sí.

Un muchacho en una moto reía con el móvil metido bajo el casco.

—¿Y el dinero?

—Sí.

Cruzamos el puente sobre el Tíber.

—Lo demás creo que lo miramos anoche. Lo llevas todo.

—Sí, lo llevo todo.

Estábamos parados en un semáforo. En un Cinquecento había una mujer mirando al frente. Por la acera pasaba un anciano tirando de dos perros labradores. En un árbol pelado cubierto de bolsas de plástico que sobresalía del agua color barro había una gaviota posada.

Si hubiera venido Dios y me hubiera preguntado si quería ser esa gaviota, habría dicho que sí.

Me quité el cinturón de seguridad.

—Déjame aquí.

Mi madre me miró como si no hubiera entendido.

—¿Cómo aquí?

—Sí, aquí.

El semáforo se puso en verde.

—Para, por favor.

Pero ella arrancó. Suerte que delante llevábamos un camión de la basura que nos frenaba.

—¡Mamá! Que pares.

—Ponte el cinturón.

—Te digo que pares.

—¿Por qué?

—Porque quiero llegar solo.

—No lo entiendo...

Alcé la voz:

—¡Para, por favor!

Mi madre se apartó a un lado, apagó el motor y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Y ahora qué pasa? Lorenzo, por favor, no empecemos. Sabes que a estas horas no razono.

—Pasa que... —Apreté los puños—. Que todos vienen solos. Y yo no puedo presentarme contigo. Quedaría fatal.

—A ver si lo entiendo... —Se frotó los ojos—. ¿Quieres que te deje aquí?

—Sí.

—¿Y no puedo darles las gracias a los padres de Alessia?

Me encogí de hombros.

—No hace falta. Se las doy yo.

—Ni hablar. —Y giró la llave de contacto.

Me arrojé sobre ella.

—No... No... Por favor.

Me rechazó.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Que quiero ir solo. No puedo llegar con mi madre. Se reirían de mí.

—¡Qué tontería! Quiero ver si todo va bien, si puedo hacer algo. Me parece lo menos. No soy grosera como tú.

—No soy grosero. Soy como todos.

Puso el intermitente.

—No. De ninguna manera.

No había calculado yo que mi madre se empeñaría tanto.

Me estaba poniendo rabioso. Empecé a darme puñetazos en las piernas.

—¿Qué haces?

—Nada. —Agarré la manivela de la puerta con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Podía arrancar el retrovisor y romper el cristal de la ventanilla.

—¿Por qué eres tan chiquillo?

—Eres tú, que me tratas como a un... gilipollas.

Me fulminó con la mirada.

–No digas palabrotas. Sabes que no lo soporto. Y no hay necesidad de que me montes un número.

Di un puñetazo en el salpicadero.

–¡Mamá, quiero ir solo, maldita sea! –Me atragantaba de puro rabioso–. Vale. Pues no voy. Ya puedes estar contenta.

–Mira que me enfado, Lorenzo.

Yo tenía una última baza.

–Todos dijeron que irían solos. Yo soy el único que va siempre con su mamaíta. Por eso tengo problemas.

–Ahora no me echas a mí la culpa de tus problemas.

–Papá dice que debo ser independiente, que debo hacer mi vida, que debo despegarme de ti.

Mi madre entrecerró los ojos y apretó los finos labios como para impedirse hablar. Se volvió a mirar los coches que pasaban.

–Es la primera vez que me invitan... ¿Qué pensarán de mí? –seguí yo.

Miró a un lado y a otro como buscando a alguien que le dijera qué hacer.

Le cogí la mano.

–Mamá, estate tranquila...

Sacudió la cabeza.

–No, no estoy nada tranquila.

Con el brazo ciñendo los esquís, la bolsa con las botas en la mano y la mochila a cuestas, vi a mi ma-

dre dar media vuelta. Me despedí y esperé a que el BMW desapareciera puente adelante.

Eché a andar por vial Mazzini. Pasé el edificio de la RAI. Unos cien metros antes de Col di Lana reduje el paso, mientras el corazón se me aceleraba. La boca me sabía amarga, como si hubiera chupado un alambre de cobre. Con todo aquello encima iba agobiado, y el plumífero era una sauna.

Llegué al cruce y asomé la cabeza por la esquina.

En la otra punta, ante una iglesia moderna, había un gran Suv Mercedes, y Alessia Roncato, su madre, el Sumerio y Oscar Tommasi estaban metiendo el equipaje en el maletero. Un Volvo se detuvo junto al Suv y de él se apeó Riccardo Dobosz, que se reunió con los otros. Un instante después se apeó también el padre de Dobosz.

Me retiré y me pegué a la pared. Dejé los esquís, me abrí el plumífero y volví a asomarme.

La madre de Alessia y el padre de Dobosz estaban colocando los esquís en el techo del Mercedes. El Sumerio daba saltitos y propinaba en broma puñetazos a Dobosz. Alessia y Oscar Tommasi hablaban por el móvil.

Tardaban un montón. La madre de Alessia se enfadó con su hija porque no la ayudaba, el Sumerio se subió al techo del coche para comprobar que los esquís estaban bien sujetos.

Y al final partieron.

En el tranvía me sentía un idiota. Con los esquís y las botas, apretujado entre empleados de chaqueta y corbata y madres que llevaban a sus hijos a la escuela.

Cerraba los ojos y me imaginaba montado en el funicular. Con Alessia, Oscar Tommasi, Dobosz y el Sumerio. Podía oler la manteca de cacao, las cremas bronceadoras. Bajaríamos de la cabina riendo, empujándonos y hablando en voz muy alta, pasando de la gente, como hacían esos a los que mis padres llamaban sinvergüenzas. Yo podría decir cosas graciosas que los harían reír mientras se ponían los esquís. Hacer imitaciones, contar chistes. A mí en público nunca se me ocurría nada gracioso. Hay que estar muy seguro de uno mismo para decir cosas graciosas en público.

—Sin humor la vida es triste —dije.

—Y que lo digas —contestó una mujer a mi lado.

Esto del humor lo dijo mi padre un día que estábamos dando un paseo por el campo y mi primo Vittorio me tiró una mierda de vaca. Me dio tanta rabia que cogí una piedra y la estampé contra un árbol, mientras el subnormal de mi primo se revolcaba por el suelo muerto de la risa. Mis padres también se rieron.

Cargué con los esquís y me apeé del tranvía.

Miré la hora. Las seis menos diez.

Demasiado pronto para volver a casa. Mi padre estaría saliendo para el trabajo y seguro que me lo encontraba.

Me dirigí a Villa Borghese, y en la hondonada que hay junto al zoo, por la que los perros pueden correr libremente, me senté en un banco, saqué una Coca-Cola de la mochila y bebí un trago.

El móvil empezó a sonar en el bolsillo.

Esperé un poco antes de responder.

–Mamá...

–¿Todo bien?

–Sí.

–¿Habéis salido ya?

–Sí.

–¿Hay tráfico?

Un dálmata me pasó al lado a toda velocidad.

–Un poco...

–¿Me pasas a la madre de Alessia?

Bajé la voz.

–No puede hablar. Va conduciendo.

–Pues te llamo esta noche y le doy las gracias.

El dálmata empezó a ladrarle al ama para que le lanzara un palo.

Tapé el micrófono con la mano y eché a correr hacia la calle.

–Vale.

–Hasta luego.

–Vale, hasta luego, mamá... ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

–Nada, en la cama, quería dormir otro poco.

–¿Y qué haces luego?

–Iré a ver a la abuela.

–¿Y papá?
–Acabar de irse.
–Ah..., bien. Adiós.
–Adiós.
Perfecto.

Allí estaba el Cercopiteco, barriendo las hojas del patio.

Así llamaba yo a Franchino, el portero. Era igualito que el mono que vive en el Congo. Tenía la cabeza redonda y una tira de pelo cano que, rodeándole el cogote, le pasaba por encima de las orejas y le llegaba, mandíbula abajo, hasta la barbilla. Y tenía una única ceja, oscura, en medio de la frente. También su manera de andar era peculiar. Caminaba algo encorvado, con los brazos largos colgando, las manos vueltas hacia delante y meneando la cabeza.

Era de Soverato, Calabria, donde vivía su familia. Pero llevaba toda la vida trabajando en mi bloque. A mí me caía bien. Mis padres no lo soportaban porque decían que se tomaba demasiadas confianzas.

Ahora la cuestión era entrar sin que me viera.

Franchino era lentísimo y cuando se ponía a barrer el patio no acababa.

Me escondí tras un camión que había aparcado en la acera de enfrente y llamé con mi móvil a su casa.

El teléfono empezó a sonar en el semisótano. El Cercopiteco tardó bastante en oírlo. Por fin dejó la

escoba, se encaminó a la garita con su andar oscilante y desapareció por la escalera que llevaba a su piso.

Cargué con los esquís y las botas y crucé la calle. A punto estuvo de atropellarme un Ka, que empezó a pitarme. Los coches de detrás dieron un frenazo y me insultaron.

Dándome ánimos, con los esquís que se me caían y la mochila que me segaba los hombros, apagué el móvil y franqueé la verja. Pasé junto a la fuente cubierta de musgo en la que vivían unos peces rojos y la superficie de césped con bancos de mármol en los que no podíamos sentarnos. El coche de mi madre estaba aparcado junto a la marquesina del portal, bajo una palmera que ella hizo tratar contra el gorgojo rojo, que es un parásito de las palmeras.

Rogando a Dios no encontrarme con nadie que saliera del edificio, entré en el vestíbulo, eché a correr por la pasarela roja, dejé atrás el ascensor y empecé a bajar las escaleras que llevaban al sótano.

Llegué abajo sin aliento. Tanteé la pared hasta encontrar el interruptor. Se encendieron dos largos tubos fluorescentes que iluminaron un pasillo estrecho y sin ventanas. Por una pared corrían tuberías, en la otra había puertas cerradas. Llegué a la tercera, me saqué del bolsillo una llave larga, la introduje en la cerradura y abrí la puerta.

Daba a un cuarto grande y rectangular. En lo alto había dos ventanucos llenos de polvo por los que se filtraba una luz mortecina que caía sobre muebles

cubiertos con telas, cajas llenas de libros, de cacharros de cocina y de ropa, muebles carcomidos, mesas y puertas, lavabos cubiertos de cal, pilas de sillas de rejilla. Mirases a donde mirases, había trastos amontonados. Un sofá de flores azules. Colchones de lana enmohecidos. Una colección de revistas de *Selecciones del Reader's Digest* apolilladas. Discos viejos. Lámparas con la pantalla torcida. Un cabezal de hierro batido. Alfombras envueltas en periódicos. Un gran bulldog de cerámica con una pata rota.

Una casa de los años cincuenta metida en un sótano.

Pero a un lado había un colchón con mantas y una almohada. Y en una mesita, bien ordenadas, diez latas de carne Simmenthal, veinte de atún, tres paquetes de pan de molde, seis tarros de conservas, doce botellas de agua mineral con gas Ferrarelle, zumos de fruta y Coca-Cola, un bote de crema de cacao Nutella, dos tubos de mayonesa, galletas, bollos y dos tabletas de chocolate con leche. Y sobre una caja un televisor pequeño, la playstation, tres novelas de Stephen King y unos cuantos tebeos de Marvel.

Cerré la puerta.

Allí iba a pasar yo mi semana blanca.